

tor cuando a los dieciséis años se pueden pasar horas en el Museo Metropolitano de Nueva York mirando las mejores obras de la historia del arte y discutiendo con su hermano cuál es la mejor" (pág. 267); o esa otra deliciosa charla con el poeta Álvaro Mutis en una especie de costurero con otros dos poetas hablando de eso que hablan los poetas; o el momento con el genial Alfredo Iriarte, quien fuera bebé Maizena; o con el Loco Jaramillo.

En fin, *Entrevistas* es una entretenimiento para aquellos a quienes nos gusta leer lo que dicen los otros acerca de sus propias vidas, verdades y mentiras; preparado con lenguaje tranquilo y cotidiano, de ese que llega más allá. Hay unas mejores, otras no tanto, así, lo que van dando los entrevistados. Es una lástima, sí, el buen puñado de errores de mecanografía que se le pasó al corrector de pruebas; es imperdonable, aunque sea en una edición de bolsillo.

DORA CECILIA RAMÍREZ



Christopher Isherwood en la tierra del cóndor y las vacas

The Condor and The Cows:
A South American travel diary
Christopher Isherwood
Random House, Nueva York, 1948,
217 págs.

"Bogotá es una ciudad opaca tan sólo en los suburbios, pues el centro se muestra lleno de personalidad y con-

trastes. En ninguna parte he visto tantas librerías. Y es que Bogotá tiene fama por su cultura. Se dice —según lo registra John Gunther— que hasta los limpiabotas citaban [Marcel Proust]. Bogotá es una ciudad conversadora. Mientras uno transita por la calle, ha de eludir tropezar con parejas o corrillos enfrascados en animada charla. Igualmente, los cafés y los salones de té rebosan de contertulios, cada uno provisto de su respectivo periódico, para comentarlo o simplemente para agitarlo en el aire".

Christopher Isherwood, quien abandonó su patria —Gran Bretaña— para radicarse en California, murió hace poco. Su aguda capacidad de observación lo hizo famoso. Lo que relatara acerca de Berlín de preludios del nazismo es ampliamente conocido, sobre todo gracias a *Cabaret*, la película de Bob Fosse protagonizada por Liza Minnelli. En cambio, muy pocos conocen los comentarios sobre Colombia y Argentina que incluyó en *El Cóndor y las Vacas*, uno de los libros de Isherwood de menos éxito y mayormente olvidados.

Tal como aclara el propio autor en el prefacio, "aunque el sentido del título sea evidente, acaso valga la pena explicar que el Cóndor es el emblema de los Andes y sus montañosas repúblicas, mientras las vacas representan las pampas, que producen vacas, o más específicamente —sin ánimo de ofender— representan a la Argentina".

El único viaje del escritor británico —estadounidense por nacionalización— a Suramérica, comenzó el 20 de septiembre de 1947 y terminó el 27 de marzo de 1948, cuando zarpó el buque francés que lo llevó a El Havre. De esos seis meses que permaneció en América del Sur, sólo estuvo seis semanas en Colombia y cinco en Argentina.

Viajó en compañía del fotógrafo estadounidense William Caskey, de 26 años, Isherwood, a la edad de 43 años, llegaba provisto de las experiencias que le habían dejado dos decenios de viajes por Europa, Norteamérica y Asia. Contaba con contactos en las capitales, así como con fácil

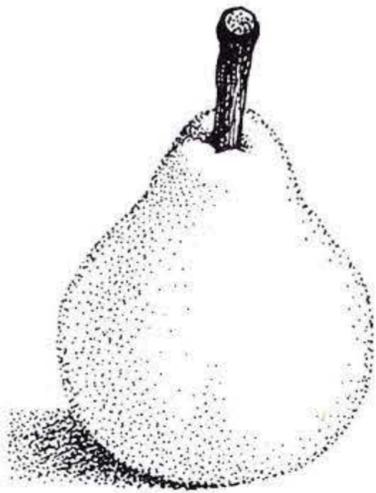
acceso a los círculos literarios y periodísticos de las ciudades que visitaría: Cartagena, Bogotá, Popayán, Quito, Lima, La Paz.

Al final de la travesía marítima desde Nueva York, la primera relación con una persona nativa de Colombia ocurre en el vestíbulo del hotel Caribe, de Cartagena: una elegante señorita —que, por cierto, había viajado en el mismo barco que Isherwood— se le acerca para proponerle la compra de dólares al precio del mercado negro. Los incidentes vividos con la aduana y los guías de turismo —"a los turistas los embarcan con fechas, estadísticas e información histórica inexactas y palabras mal pronunciadas"— provocaron la "furia asesina" del escritor. Para completar la experiencia típica de todo individuo que se aventura por el tercer mundo desde que, hace años, —o hace marras—, los europeos lo descubrieron, un taxista lo extorsionó y el primer día, en el hotel, desapareció del balcón del cuarto su pantalón de baño.

Cartagena "empieza a vivir de noche. Como polillas, bajo e resplandor de los faroles, con la ropa blanca y vaporosa, aparecen sus habitantes, animados e insustanciales. Criatura de distinta zona, siento el clima pegajoso y denso. Ellos en cambio, se adaptan físicamente y mentalmente a este clima cálido y húmedo, que se ha convertido en parte de la naturaleza [de los cartageneros]".

A fin de tomar un barco que remontará el río Magdalena, viaja en taxi a Barranquilla, donde se aloja en el hotel del Prado. En la mesa contigua a la de los viajeros, cena el doctor Jorge Eliécer Gaitán, "uno de los más prominentes líderes políticos de Colombia;" un amigo que había hecho durante la navegación desde Estados Unidos calificaba a Gaitán de "demagogo peligroso que se refiere siempre a su sangre indígena".

Isherwood vio a Gaitán "fornido, tirando a ser de baja estatura, acusadamente moreno, sagazmente atento, amable pero frío. Capaz, en el momento oportuno, de lanzar gritos de guerra y gesticular con apasionamiento, en reposo se torna tan impa-



Y. V.

sible como un cocodrilo. No es un hombre con el cual sea dable trabar amistad, pero sí alguien en quién confiar temporalmente, cuando hay necesidad de que te saquen de una situación sórdida, por ejemplo de una acusación de estupro”.

Al resumir, semanas después, sus impresiones acerca de Bogotá, agregó pinceladas al retrato de Gaitán. Aclarando que sus fuentes provienen de opositores al partido de gobierno, el conservador, escribe: “Pregunté a un liberal colombiano: —¿Qué piensa de Gaitán? Algunos me han dicho que es comunista ¿Es cierto?— No, no es cierto. Gaitán no tiene un línea política. Es un oportunista. Sus modelos son Mussolini y Perón. Quiere crear un partido de obreros siguiendo el modelo peronista. Probablemente sea elegido presidente, pero nunca podrá anular nuestros otros partidos políticos. Los colombianos no lo toleraríamos. Colombia es un país esencialmente democrático...”.

Muy pronto empezó a distinguir los rasgos sutiles que forman el modelo de vida que identifica a la América Latino tropical. Camino al puerto, se detiene en la casa de una persona a la que acaba de conocer. “Fue una de esas pausas que tan acertadamente saben hacer los latinos y que los tensos anglosajones consideran apenas un pérdida de tiempo, cuando en realidad tienen gran valor psicológico, porque rompen la tensión de la partida y desmienten el mito de la urgencia. Más que el comienzo, parecía el final de un viaje. Disponíamos, en suma, de todo el tiempo [...] A los veinte minutos continúa su rumbo el David Arango, embarcación fluvial semejante a los

buques de vapor que en la época de Mark Twain surcaban las aguas del Misisipí, y que tiene el aire de un vetusto hotel de mala fama”.

Durante el viaje, Isherwood conoce a un antioqueño. Ya un negociante yanquí le había comentado que “Medellín constituía, a la perfección, un pequeño Chicago”. Por su parte, el guía del escritor había calificado a la capital de Antioquia como “Manchester de Colombia, pero con malos servicios públicos”. “En todo caso —dice Isherwood— hemos decidido que no queremos ir a Medellín”. En cuanto a los atractivos de Bogotá, una antioqueña le previene: “Es un cueva de ladrones y asaltantes. Nunca salga solo de noche. No descuide la maleta ni un instante”.

Sin embargo, llegaron sanos y salvos al hotel, en el centro de Bogotá. “La carrera séptima, donde se halla situado el hotel [Astor] [...], es un lugar sin personalidad, que no va más allá del exhibicionismo superficial norteamericano: luces de neón, avisos estadounidenses con títulos en español, cinematógrafos donde se proyectan películas de Holliwood, bares decorados al estilo de Nueva York, grandes almacenes repletos de artificios, modas y remedios norteamericanos”.

No tardó Isherwood en adentrarse en la vida literaria de la Atenas Suramericana. Su cicerone fue el profesor de Inglés Howard Rochester, jamaquino casado con colombiana. “Todos concuerdan en que Rochester es el guía ideal para los extranjeros en el medio cultural bogotano. Conoce a casi todos los pintores, escritores y compositores de la ciudad [...] La primera persona que nos presentó Rochester fue Edgardo Salazar Santacoloma, ensayista y periodista político, de unos treinta años de edad, quien, no obstante su palidez cadavérica, es buen mozo y de porte juvenil. Usa anteojos oscuros y ríe espasmódicamente”.

Salazar, llevó a Isherwood a uno de los típicos cafés bogotanos de ese tiempo, donde se realizaba una de las habituales tertulias, “verdaderas sesiones de ‘sentémons-a-discutir-

hasta-agotar-todos-los-temas’ y que constituyen una gran atracción de la vida literaria colombiana [...] Empezaron con Shakespeare y llegaron al piedracelismo”. Formaban parte del grupo de contertulios el poeta León de Greiff, su hermano Otto —el musicólogo— y Eduardo Zalamea Borda. “León es alto, barbudo y bohemio. Me lo imagino como figura dominante entre los artistas reunidos en un café de París, recitando sus versos con voz potente y sonora”.

“Zalamea ha escrito una novela: *Cuatro años a bordo de mí mismo*. Hasta ahora sólo he leído el prólogo, aunque Zalamea lo tachó con el lapicero antes de darme el libro. Encuentro simpático a Zalamea. Es vigoroso y vivaz; de ninguna manera “artístico” o refinado. Trata insistentemente de inducirme a formular comentarios políticos e indiscretos, pero me cuido, por temor a que los publique. Encuentra la literatura de Estados Unidos profundamente pesimista, lo cual atribuye a los efectos deprimentes del capitalismo sobre el arte. Sin embargo, no llega a conclusiones análogas con relación a la obra de Sartre y Camus, ambos enormemente admirados aquí. Ello no es de extrañar, puesto que en Colombia la cultura francesa se toma como paradigma primordial para juzgar todo lo artístico.

Sospecho que los colombianos, lo mismo que los franceses, piensan que a los estadounidenses les iría mejor si se dedicaran a escribir relatos policíacos y a fabricar automóviles.

“Ayer me llevó [Zalamea] a las oficinas de El Espectador. El director (Luis Cano) me causó fuerte impresión. Es una de esas personas cuya integridad resulta tan diáfana que uno se siente conmovido y turbado, y quisiera salvaguardarla. Me preguntó sobre mi filiación política. Le respondí que era liberal, y aunque ello no dejaba de ser más o menos cierto, me sentí como un hipócrita ante su gran complacencia. ‘Esperamos que muera siendo liberal’, me dijo, tocandome suavemente el hombro”.

A Isherwood le sorprendió la generosidad de los autores colombia-

nos. “una recomendación a los escritores que tengan en mente viajar a estas tierras: antes de salir de casa, pongan en la maleta por lo menos tres docenas de ejemplares de sus libros. Y si hace demasiado bulto o su transporte resulta muy costoso, tomen un poema, un cuento, un artículo —no importa qué— y hagánlo imprimir. De lo contrario, se sentirán tan avergonzados como yo. Los autores insisten en regalarme sus libros, dedicados y autografiados, y yo no tengo con qué corresponderles”.

La visita al salto de Tequendama impresionó vivamente a Isherwood. Cayó en manos de un guarda muy folklórico, quien le explicó que las esposas o manillas servían para discutir a los que intentaban suicidarse. “Arturo [un amigo de Isherwood] le preguntó si siempre sabía quiénes, entre la multitud de visitantes, tenían la intención de matarse. ‘Casi siempre — contesto el policía—. Y cuando no yo, mi perro sí’. Debe ser uno de los empleados más desagradables del mundo”.

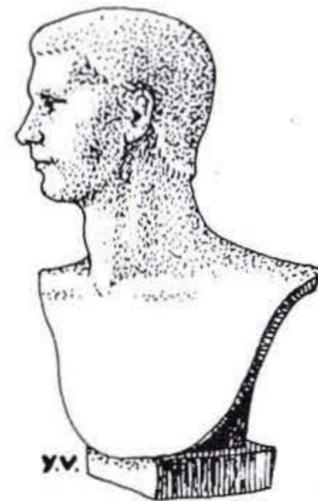
“Tanto de nacionales como de extranjeros, hemos sido objeto de caudalosa hospitalidad. Como muestra de gratitud, he tratado de cumplir una tarea cultural, así sea mínima consistente en la presentación de un acto en el Instituto Colombo-Británico. La reunión comenzó mal, a causa de mi nerviosismo, pero terminó cálidamente, gracias a los numerosos cocteles. Zalamea me dijo que tenía ‘los ojos de la verdad absoluta’, y nos abrazamos repetidamente, ante la sorpresa de Rochester, quien al parecer había decidido que yo pertenecía al tipo del británico frígido”.

Argentina brindó a Isherwood la oportunidad de retomar su marcada tendencia orientalista. Dos veces visitó la misión de Remakrishna en Bella Vista. “Un monje hindú entre tres mil sacerdotes católicos”. Acerca de Swami Vijoyananda, de viaje por ese tiempo, comenta: “Debe ser extraordinariamente alegre, valiente y enérgico. En sus fotos observó esa expresión un tanto cómica que a menudo he visto en los rostros de los monjes

de la orden Remakrishna. Los hindúes no se hallan constreñidos por ese lamentable concepto occidental de que los temas serios deben tomarse seriamente; no confunden risa con ligereza. El propio genio espiritual de Remakrishna se expresó con humor; no con agudezas ni juegos de palabras, sino con auténtica y desafortada bufonería, puerilidades y extravagancias dignas de los hermanos Marx. Lo máximo que logran la mayoría de los cristianos es animarse. Los hindúes gritan y bailan y se revuelcan en el suelo. Por supuesto, es cuestión de gustos: tales travesuras no son para todos. En Occidente, esa clase de diversiones constituye la quintaesencia de la espiritualidad. Resulta enteramente subversiva, desenfrenada, sin conciencia de sí, indecorosa, contagiosa y capaz de mover montañas. Constituye uno de los aspectos más puros y bellos del amor”. Estas reflexiones dicen más acerca de la personalidad de Isherwood que acerca de la Argentina. Sin embargo, sus inquietudes frente a las estructuras sociopolíticas de ese país merecen, más adelante, una consideración especial.

“Siento tener que recordar a Bogotá rodeada de una atmósfera de tristeza. Lo cual de ninguna manera se relaciona con nuestros anfitriones no con nuestras experiencias, sino sobre todo con el clima. Todos nos dicen que, para venir aquí, escogimos la peor época del año. Ha llovido casi todos los días. En sí misma, la ciudad es bastante sombría. Raras son las casas pintadas con exhuberancia, y los habitantes tienden a vestirse con sobrios trajes oscuros. Además, la altura lo afecta a uno con desagradables variaciones del ánimo: por las mañanas me he sentido tenso, nervioso, intranquilo; por las tardes, perezoso, exhausto y triste”.

De Bogotá, Isherwood viajó a Cali en autoferro. De nuevo el doctor Gaitán se le cruzó en el camino. En el hotel Alférez Real, donde se alojó, se ofrecía por la noche un gran banquete en honor del político. Para observar, el escritor se instaló en un balcón. “Cuando acciona, Gaitán es integralmente un penalista. A me-



didada que habla, resulta fácil imaginarlo defendiendo un cliente. La voz pausada, cuyo volumen aumenta deliberadamente; los gestos reducidos a lo esencial, lo cual indica una vasta reserva de argumentos y un desdén cortés ante la presentación del fiscal. Una y otra vez, durante el discurso, algunos partidarios gritan el nombre de Gaitán, y este se vuelve hacia ellos extendiendo la mano en ademán disuasivo, como queriendo decir: “¡Gracias, gracias!, pero ello no hace falta y me averüenza. Mis adversarios van a pensar que ustedes están pagados”.

“Esta es una población muy atractiva”. Por fin Isherwood, en Popayán, encontraba un ambiente donde se sentía a gusto. “Es, con mucho, el lugar más agradable que hasta el momento hemos visitado. Las calles son anchas y limpias, con relativamente poco tránsito. Se escucha con la misma frecuencia el trote de un caballo que la bocina de un automóvil. Casi todas las iglesias son antiguas pero a muchas se las ha echado a perder con agregados y refacciones modernas carentes de buen gusto, estatuaria barata, láminas religiosas comerciales, mármol de imitación, nubes y querubines de cartón. Sólo mediante una total depuración, recobrarían estos edificios su belleza”.

Isherwood visitó la casa de Guillermo Valencia, fallecido hacía cuatro años. “Es difícil imaginar a alguien escribiendo poesía aquí. Tal vez el lugar haya sido remodelado estúpidamente después de su muerte [la de Valencia]. El estudio tiene un sello más personal, a pesar de los bustos de Beethoven, Goeth y Wagner. Hay un retrato de D’Annunzio,

a quien Valencia admiraba especialmente, y una litografía, nauseabunda de los ángeles llevando a las almas de los cristianos martirizados en el circo romano. La obra de Valencia es solemne y melódica, un poco a la manera de Robert Bridges”.

La visita a Colombia terminó como comenzó: con engorrosos trámites ante los funcionarios de aduana, primero en Pasto y después en Ipiales. Resumiendo su experiencia suramericana, Isherwood dice: “Mi impresión más honda es que hemos estado viajando por un imperio en la etapa de su disolución. Las nuevas repúblicas no son todavía verdaderamente libres ni auténticamente integradas. Todavía no han llegado a ser naciones”.

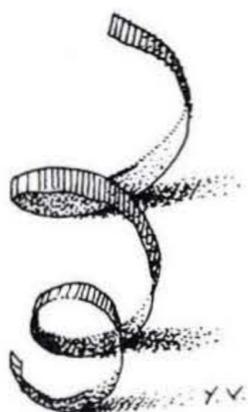
Como conclusión de sus indagaciones políticas, Isherwood cita la opinión de un observador extranjero “La moraleja es que, en una guerra, los países de América del Sur deben colocarse siempre del lado opuesto al de los Estados Unidos. Si ganan los enemigos, le irá muy bien. Si, por el contrario, ganan los Estados Unidos, éstos perdonarán a los suramericanos y les prestarán toda la plata que quieran, sólo para hacerlos sentirse avergonzados. Seguramente recibirán mucho más que los aliados”.

Se refiere a las islas Malvinas y a la actitud que respecto a ellas se observaba en Buenos Aires: “Hay informes de que allí se han descubierto yacimientos de uranio. Por el momento, parece dudoso que Perón quiera verdaderamente las Malvinas, y menos aún la Antártida. Simplemente, busca suscitar sentimientos nacionalistas, al mismo tiempo que trata de ganarse sin mucho esfuerzo el apoyo de Chile. Me parece que tal situación no inquieta a los británicos. Posiblemente saben que Washington quiere que se queden en las Falklands y que los ayudará si fuere necesario. Han enviado [los ingleses] un navío de la visita a la zona, para mostrar la bandera, pero hasta el momento la visita no ha producido ningún incidente sino más bien cierto grado de confraternización. En una de las islas menores, en la cual tres

pescadores de ballenas argentinos habitaban una cabaña, el comandante británico presentó su protesta formal y los invitó a cenar. En otra isla, marineros británicos y argentinos jugaron un partido de fútbol. Tan sólo aquí, en Buenos Aires, se reacciona con energía”.

Isherwood opina que si las naciones sudamericanas “se sintieran libres e integradas serían menores las suspicacias entre ellas. Lo más natural consistiría en que formaran una estrecha federación. Sin embargo, les aterra llegar a encontrarse de nuevo sometidas a una autoridad central”.

Prevé el futuro lleno de dificultades: “las perspectivas inmediatas son aterradoras. Decenios de perturbaciones. Regímenes militares. Violencia permanente, interrumpida sólo por pausas de agotamiento. Poder de las masas. Intervención extranjera, tal vez, con imposición, en ocasiones, de una disciplina antipopular. Y más revoluciones, más sangre... ¿O soy demasiado pesimista?”.



“La peste de casi todos los estados sudamericanos son sus respectivos ejércitos; o mejor dicho: sus generales. La función de todo ejército debe ser defender el país que lo sustenta y no interponerse en la actividad política interna. Empero, aquí sucede comúnmente lo contrario. Los oficiales del estado mayor casi nunca se distinguen en el campo de batalla, pero sí ejercen un decisivo y bastante irresponsable poder político. Suben y bajan presidentes, aplastan manifestaciones populares, se dividen en fracciones y pelean entre sí como barones feudales. En el mejor de los casos, son unos parásitos y una carga

onerosa. Va a ser difícil deshacerse de ellos. Una vez se adueñan del mando, son como la policía secreta: sobreviven a las revoluciones y a los cambios de gobierno. Y la mayoría de ellos son ineptos para desempeñar cualquier función útil”.

“Es tierra de violencia —escribe, refiriéndose a toda América del Sur—. ¡Cuánta energía malgastada en la destrucción! ¡Cuánta apatía en el momento en que se precisa reparar o construir algo! ¡Cuánto desánimo y cuánto fatalismo ante la pobreza y la enfermedad! ¡Cuántos rictus de desesperanza, cuántos encogimientos de hombros y cuántas sonrisas de cinismo!”.

Ciertamente, una nueva raza y una nueva cultura —concluye— Acaso un género de sensibilidad enteramente diferente, un original acercamiento a la vida, expresado en otros términos, en otro lenguaje. Ella seguirá su curso clamoroso y violento a través de los malos momentos que le ofrece el porvenir”.

De ahí en adelante, Isherwood dio la espalda a Latinoamérica, nunca más la visitó nunca más aludió a ella. Paso a paso, su vida cambió de rumbo. Buscó diluir su yo, sin renunciar por ello a su personalidad, a fin de encontrar temas que nutrieran su creatividad. Al referirse a la admiración de Victoria Ocampo por Thomas Edward Lawrence (el de Arabia), decía: “No estoy seguro de que me guste Lawrence. Pero, en cierto sentido, estoy más cerca de él de lo que pudiera estarlo [Victoria Ocampo]. Forma parte del lío en que me encuentro. Lo que a él me ata son sus defectos: su inestabilidad, su masoquismo, su insano orgullo de invertido. Como —antes de él— Shelley y Baudelaire, padeció en sí mismo las neurosis de toda una época. Yo pertenezco a esa época. Jamás, de ahora en adelante, podré escaparme de Lawrence”.

La carrera literaria de Isherwood, así como su celebridad, tienen su punto de partida en los relatos que escribió sobre Berlín, cuando vivía allí con Wystan Hugh Auden, en la década del treinta. “Todo lo que escribo es fundamentalmente autobio-

gráficos", dijo Isherwood a los 62 años. Sus experiencias personales sirvieron de base a la pieza de teatro que, adaptada por John Van Druten con el título *I am a camera*, ganó el premio del círculo de críticos de Nueva York al mejor drama musical en 1966-1967. Como ha señalado un crítico, Isherwood, sin sujetarse a los mecanismos de una cámara fotográfica buscó los ángulos de su visión particular y logró el enfoque personal que quería.

"Mi afición al cine es innata", Y, a la postre, fue gracias al cine como su nombre se hizo conocido. Millones de personas han admirado la película *Cabaret* y tararean las canciones que la voz de Liz Minelli tornó inolvidables.

Isherwood se destaca por su capacidad de observación "silenciosamente salvaje, con un rostro sin expresión, sin emoción", según el crítico W. J. Turner, quien agrega: "Tal vez Isherwood no sea un gran escritor, pero por lo menos es un verdadero escritor y no un petulante aburrido".

La lista de sus obras, larga y variada, principia en 1928 con *Todos los conspiradores* Hijo de un oficial de las reales fuerzas armadas, nació en el condado de Cheshire, en 1904, bajo el signo de Virgo. Producto de la época posvictoriana, estudió en una selecta escuela privada y en la Universidad de Cambridge. Tras una interrupción de dos años, durante los cuales trabajó como secretario del violinista André Mangeot y de la sociedad musical que éste dirigía, en 1927 reanudó estudios, esta vez de medicina, en la Universidad de Londres. Sin embargo, en 1928 los abandonó definitivamente para iniciar su carrera de trotamundos que lo llevó lejos del hogar y de la formación tradicional.

De 1929 a 1934 vivió en Europa, tras lo cual viajó con Auden a China en 1939 aterrizó en California, donde se convirtió en vedantista, como discípulo del Swami Prabhavenanda. Su forma de vida, que había llegado a una total ruptura con la tradición de su familia, se fundaba en tres pilares: la homosexualidad, la espiri-

tualidad y la incesante búsqueda de su propia expresión como escritor.

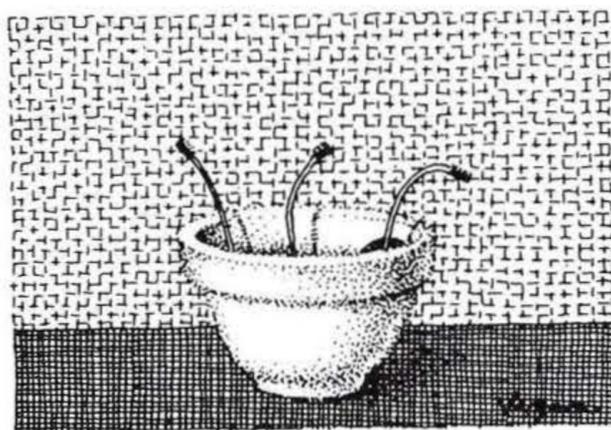
Hizó traducciones, y en colaboración con Swami publicó, en 1944, una versión al inglés del *Bhagavad-Gita*, y posteriormente, en 1947, *Los diarios íntimos de Charles Baudelaire*.

Trabajó como guionista cinematográfico. Su primer empleo en Hollywood fue con la Metro Goldwyn Mayer en 1940.

Hasta su reciente fallecimiento, se mantuvo activo en tareas relacionadas con las letras, actividad renovada constantemente por sus viajes, tanto terrenos como espirituales. Por ello uno de los personajes de su mejor novela, *Alla lejos, de visita*, dice al propio autor: "Realmente eres turista, hasta los huesos".

Sus observaciones acerca de América del Sur, escritas hace más de treinta años, son reveladoras, divertidas, interesantes. La visión de un forastero perspicaz ayuda siempre a esclarecer aspectos de uno mismo.

ED SHAW



Concursos

XVI premio teatral Tirso de Molina

El Instituto de Cooperación Iberoamericana y la Televisión Española convocan al XVI premio teatral Tirso de Molina.

Podrán aspirar al premio los dramaturgos de cualquier nacionalidad, presentando, lengua castellana, cuantas obras deseen siempre que no hayan sido estrenadas ni se las haya conferido otro premio.

La obra ganadora recibirá siete millones de pesetas para subvencionar el montaje de España.

Los originales deberán presentarse por duplicado en el Departamento de Música, Teatro y Cine del Instituto de Cooperación Iberoamericana (avenida de los Reyes Católicos, 4 Ciudad Universitaria 28040, Madrid, España hasta las trece horas del día 30 de agosto de 1986.

II premio Fundesco de ensayo

La Fundación para el Desarrollo de la Función social de las Comunicaciones de Madrid, España, invita a los investigadores a presentar trabajos que deberán referirse a la temática de las relaciones entre comunicaciones, nuevas tecnologías y sociedad.

Pueden participar autores hispanoamericanos, originales con escritos en castellano, de reflexiones, análisis y estudios generales o específicos sobre distintos aspectos técnicos y sobre, comunicación, sociales, laborales, económicos, políticos, culturales, teóricos, de las nuevas tecnologías de la información y la comunicación. Fecha límite: 31 de octubre de 1986.

Concurso nacional de cuento

La Fundación para la Cultura Testimonio, de Pasto, convoca al V concurso nacional de cuento Testimonio diez años. Pueden participar los escritores colombianos, con un solo cuento inédito. El trabajo se debe presentar en original y dos copias a doble espacio, firmado con el seudónimo. En sobre aparte, se consignarán los datos personales. La extensión máxima son diez cuartillas: la mínima, dos.

Se pueden enviar trabajos hasta el 31 de julio al apartado aéreo 1080 de Pasto.

El cuentista inédito 1986

El centro Alejo Carpentier de Bogotá convoca al II Concurso Nacional El Cuentista Inédito 1986.